Círculo Rojo
EDITORIAL

Tierra de fronteras

Tierra de fronteras

JULIÁN COBO MARTINEZ

Círculo Rojo
EDITORIAL

Primera edición: mayo 2026

Depósito legal: SE 1739-2026
ISBN: 979-13-7046-948-1

Impresión y producción: Editorial Círculo Rojo

© Del texto: Julián Cobo Martinez
© Maquetación y diseño: Equipo de Editorial Círculo Rojo
© Ilustración de portada: Alicia Abril, Editorial Círculo Rojo

Editorial Círculo Rojo

www.editorialcirculorojo.com

info@editorialcirculorojo.com

Impreso en España - Printed in Spain

Editorial Círculo Rojo apoya la creación artística y la protección del copyright. Queda totalmente prohibida la reproducción, escaneo o distribución de esta obra por cualquier medio o canal sin permiso expreso tanto de autor como de editor, bajo la sanción establecida por la legislación.
Círculo Rojo no se hace responsable del contenido de la obra y/o de las opiniones que el autor manifieste en ella.

El papel utilizado para imprimir este libro es 100% libre de cloro y, por tanto, ecológico.

A Mari Carmen, la razón de mi vida.

1

La silueta del castillo de Lanos se definía desde muchas leguas de distancia pasada la frontera, entre los reinos de Castilla y Navarra. Llevaba pocos años construido, pero pensaba levantar un tercer anillo defensivo los pocos años venideros. El río Ebro ofrecía una barrera natural a posibles incursiones de cualquiera de los dos reinos fronterizos, ahora bastante tranquilos. Corría el año 1150. La hambruna a causa de las sequías acababa con la población por mala alimentación, sobre todo mujeres y niños, de manera que llegó a bajar el número de futuros soldados, para que los nobles pudiesen ir a guerrear durante los meses de buen tiempo. Y, por otra parte, la mayoría de los hombres en edad de luchar se marchaban. No había manera de poder recoger las cosechas y preparar los víveres para el invierno.

Los niños aprovechaban el mes de octubre para recoger bellotas y engordar a los cerdos antes de sacrificarlos.

Jon Cortázar llevaba el zurrón lleno de bellotas y zarzamoras para la cena. Se detuvo para observar el castillo

al otro lado del valle, cómo los rayos de sol del atardecer atravesaban las almenas del castillo y coloreaban el cielo de rojo fuego.

Caminaba hacia su casa con sus quince cabezas de ovejas, se detuvo a coger unas pocas moras más, completar el zurrón y llegar a casa con el estómago lleno. Su madre se ahorraría la cena de un miembro de la familia.

Los ladridos de su perra Lobi llamaron su atención y vio que una de las ovejas se apartaba del rebaño mientras el resto aprovechaba para entrar en el establo.

—¡Anda a por esa! —le mandó Jon y la perra salió corriendo hacia la oveja que ya la miraba con las orejas tiesas. Una vez con sus compañeras de rebaño, la perra regresó donde se encontraba Jon moviendo la cola alegre esperando el agradecimiento de su dueño.

—¡Buena perra! Qué haría yo sin ti —le dijo mientras la acariciaba y jugaba con ella.

—Vamos a casa. —Comenzó a caminar cuando se definía la silueta de su casa.

A Lobi la rescató del cauce del río Inglares hacía tres inviernos. Había estado toda una semana lloviendo y los campos estaban anegados de agua. Además, el día anterior comenzó a nevar.

Jon y su padre estaban en aquel momento realizando surcos para achicar el agua de los charcos y poder salvar alguna de las berzas que llevaban plantadas dos meses.

La nieve les comenzaba a blanquear en cabeza y hombros, cuando oyeron los gemidos de un animal en apu-

ros que venía del río. Al acercarse vieron al cachorro agarrado a un tronco que descendía por el cauce chocando contra todo lo que encontraba en su camino.

—No podemos dejar que se ahogue. —Miró Jon a su padre al tiempo que se quitaba de la parca de lana de oveja y las botas de cuero que él mismo se fabricaba.

Arrancó una rama seca y larga de la orilla y se metió en el agua hasta cubrirle las rodillas. Al llegar a la altura del tronco, el cachorro al que solo se le podía ver la cabeza, se agarraba como podía con las patas delanteras y Jon intentó bloquearlo, pero la corriente era más fuerte de lo que pensaba.

Sin pensarlo, se lanzó al cauce y agarró el tronco con decisión mientras su padre gritaba.

—¡No! ¡Estás loco muchacho! —escuchaba Jon al tiempo que sujetaba la perra con una mano y con la otra se agarraba fuertemente al tronco que marchaba corriente abajo.

—¡Agárrate a la cuerda que te lanzo! —le gritó su padre.

Jon sentía el agua como cuchillos clavándosele en el cuerpo, apenas conseguía respirar del frío, pero no soltaba la perra ni la cuerda que le lanzó su padre y que tiraba de ella desde la orilla.

Una vez fuera de peligro, exhausto y cansado, tiritando al tiempo que los copos de nieve se le pegaban en la cabeza, su padre les colocó al muchacho y al animal la parca por encima de sus hombros.

—Vámonos a casa. Ahora mismo —dijo su padre y recogió las botas y las azadas, de mal humor por la temeridad que acababa de cometer su hijo.

Esa noche Jon durmió junto al fuego que mantuvo encendido su madre en su casa, después de reñirle por lo que hizo para salvar al chucho pulgoso, que así le llamó en ese momento. La perra no se separó de su salvador ni un instante desde ese día.

Cuando cerró el ganado en el establo y entró en la casa que se encontraba cerca, ya estaba oscuro. Dentro de la casa se encontraban su padre Galileo, su madre Úrsula y su hermana pequeña Leonor.

—No voy a cenar. —Su madre se le quedó mirando inquisitiva con una escudilla de madera y una cuchara.

—He comido moras por el camino y estoy lleno. Gracias.

Le tendió el zurrón a su madre para que lo vaciara con el resto de las bellotas.

—Para la cena. —La miró sonriente. Su madre le acarició la mejilla. Con la mirada le hizo entender que no tenía solución.

Con las luces del alba, le despertaron los ladridos de Lobi que no cesaban. Se oía el galope de un caballo aproximándose a lo lejos por el camino que pasaba cerca de las tierras de su padre, dirección a la aldea de Ocio y el castillo.

Un jinete, vestido con ropajes de militar con el escudo del Reino de Navarra, pasó sin fijarse en la familia que le observaba desde la puerta de la casa. El caballo, con el cuello mojado por el sudor y espuma en la boca

producido por el bocado y el esfuerzo del camino recorrido indicaba que provenía de lejos y llevaba tiempo sin parar.

—Es un correo militar. Seguro que traerá malas noticias al castillo y posiblemente nos afectará a todos.

Galileo se metió en la casa sin esperar hacia donde se dirigía el jinete. Jon le siguió con la mirada mientras se acababa de vestir. No le dio mucha importancia, antes de entrar a comer algo para salir un nuevo día con las ovejas.

—¿Hacia dónde irás hoy? —preguntó su madre mientras colocaba la escudilla con gachas de avena para el desayuno.

—Creo que marcharé hacia Salinillas. Dicen que a lo mejor construyen una muralla alrededor de la villa. Así, si me cruzo con alguien le pregunto qué ambiente hay por allí.

Jon terminó el desayuno rápido, cogió el zurrón con algo de almuerzo para pasar la jornada y partió al establo a buscar las ovejas. Su perra ya le esperaba en la puerta.

El día prometía claros soleados, aunque las nubes plomizas cargadas de agua se desplazaban veloces hacia el norte. A media mañana llegó hasta donde se podía apreciar la silueta de los primeros tejados de Salinillas. Era un pueblo de tamaño suficiente como para no tener que depender de ningún castillo ni convento o monasterio.

Era autosuficiente con los servicios que necesitaba una pequeña población. Junto con Berganzo, eran las

villas más cercanas a las que se podía ir andando y volver a casa en una jornada. Jon y su familia no acudían casi nunca a ninguno de los dos pueblos, si no era estrictamente necesario. Generalmente los sábados de mercado o en ferias, solían ir más de un miembro de la familia. Su padre decía que una persona sola en un día de mercado donde hay mucha gente, es buscarse problemas seguros. Cuando necesitaban algo, lo encontraban en Ocio que era más pequeño y se conocían la mayoría. Tenían más confianza.

Se sentó junto a un claro para almorzar. El trayecto hasta allí le había generado hambre, mientras veía a lo lejos una mula que se acercaba con una muchacha subida en ella. La mula traía unas alforjas manchadas de harina. La reconoció al acercarse. Era Isabel, la hija menor del panadero de Salinillas. Ella, al verlo, le saludó levantando la mano y salió del camino para acercarse donde se encontraba.

—Buenos días, Jon. ¿No estás hoy muy lejos de tu casa?

Se apeó de la mula y estiró la espalda mirando el trozo de tocino que comía el chaval.

—Buenos días tengas, Isabel —respondió con la boca llena—. Pronto regresas hoy del castillo. ¿Alguna novedad por allí? —Isabel, agachada, jugaba con la cabeza de Lobi que la olisqueaba.

—Hay mucho ajetreo en el castillo hoy. He llevado el pan y rápido me han echado. Creo que ha llegado un correo desde Peñacerrada a primera hora. Al parecer, pasó la noche allí porque venía desde Pamplona.

Isabel se acercó, sentándose junto a Jon. Miraba la comida con deseo. Sin preguntar, partió Jon un trozo de tocino, pan y se lo ofreció a ella, que lo aceptó gustosa.

—Ha pasado junto a nuestra casa con las primeras luces del día y eso me pareció porque llevaba el escudo navarro en la ropa. ¿Qué se oye por Salinillas?

Ella le agradeció la comida y empezó a comer antes de hablar.

—Poca cosa —hablaba mientras masticaba y apenas se la entendía—. Dicen que por la posición estratégica habrá que amurallar la villa y construir dos entradas, una al norte y otra al sur. —Sin pedir permiso, tomó el pellejo de agua y echó un trago.

Jon se sentía a gusto hablando con la gente. Al pasar tanto tiempo solo en el campo con la sola compañía de su perra y las ovejas, siempre buscaba tema de conversación con cualquiera que pasara por su lado.

—¿Qué tal tu padre? —Esperó un momento—. ¿Y tus hermanas?

Preguntó por cortesía. El estado de salud del panadero le daba absolutamente igual. Solo estaba interesado en su hermana Eva.

—Bien —respondió—. Mi padre tan regañón como siempre. Mi hermana Jimena tiene aires de grandeza, casi nunca ayuda en la panadería porque dice que no ha nacido para eso, que se casará con un noble. Qué ingenua. Creo que no es buena persona, y lo digo yo que soy su hermana. En cambio, mi hermana Eva trabaja

demasiado y no habla mucho. Me llevo bien con ella y me defiende cuando mi padre me regaña.

Al terminar de comer, se levantó y, sacudiéndose el vestido, dijo:

—Me tengo que ir, que seguro que mi padre ya estará preguntando dónde me he metido.

Agarró las riendas de la mula y se montó en el animal.

—¿Sabes? —preguntó a Jon dando la vuelta a la mula para marchar—. Mi hermana Eva el otro día habló de ti. Dijo que un hombre que tiene casa propia, terreno y ganado, es buen partido. No sé a qué vino ese comentario.

Levantó la mano y saludó a Jon que la miró sin saber muy bien qué es lo que habría querido decir con eso. Isabel le miraba y se reía de él, azuzando a la mula hacia el camino de vuelta.

2

Galileo se encontraba junto al río tirando unos árboles por encargo del padre Aldous, el párroco de Ocio. Realizaba trabajos por encargo para otras personas que no eran capaces o no podían. De esta forma sacaba unos dineros que llevar a casa, aunque en esta ocasión, solo sacaría un poco de leña y el perdón de sus pecados con el trabajo realizado para la iglesia.

—¿Qué pecados te va a perdonar a ti Dios, si eres el hombre más bueno que conozco? —le recriminaba Úrsula cuando le pedía algún trabajo el clérigo.

Galileo era alto y fuerte, con andares cansinos, pero gran resistencia física. Siempre que trabajaba llevaba la cabeza cubierta, porque creía que era la parte más importante del cuerpo y se debía proteger.

La tierra en la que vivía con su familia junto a la villa de Ocio, la heredó de su padre, que a su vez la heredó de su abuelo, que combatió junto con Martín Ruiz, teniente navarro en el asedio del rey castellano Alfonso VIII.

Andaba trabajando junto a la ribera del río, seleccionando los árboles más derechos y aprovechando los

troncos para apuntalar el tejado de la pequeña iglesia, que prácticamente se encontraba en ruinas. Se acercó hasta allí Florián, el herrero del pueblo y amigo suyo.

—Buenos días nos dé Dios, amigo —saludó desde la otra orilla del río—. Me han comentado que estás trabajando para el padre Aldous. Si es que, a un trabajo no remunerado, se le puede llamar así.

Galileo levantó la cabeza y dejó el hacha en el suelo.

—Buen día, herrero. ¿Qué te trae por aquí? —le contestó con la mano en la frente para protegerse los ojos de los rayos del sol.

—Bueno. Algo saco. Me ha dicho que puedo llevarme el ramaje y que rezará por mí y mi familia.

Se reía al hacerle el comentario.

—Pues ando flojo de material para quemar en la forja. Así que si puedes llevarme un par de carretas te lo agradeceré. Te pagaré bien.

—Eso está hecho. —Le miraba Galileo—. Mañana al atardecer te llevaré el primero y ya me lo pagarás cuando te lleve el segundo. Sé que eres hombre de palabra.

—Te esperaré. —Levantó la mano y saludó al marcharse—. Me voy, que tengo quehaceres.

Galileo levantó la mano para saludar y continuó con su trabajo. Mientras Úrsula y su hija Leonor cultivaban el huerto junto a la casa y criaban gallinas, pollos y conejos.

Una semana más tarde, los relámpagos se podían ver desde lo alto de la torre del homenaje del castillo. Se acercaba tormenta por el sur, que llegaba del Reino de

Castilla. Al día le faltaba poco tiempo de luz y las nubes cargadas de agua amenazaban con descargarla en cualquier momento. Galileo llegaba a la herrería con su segundo cargamento de leña, como prometió a Florián.

—Metamos la leña en el cobertizo antes que comience a llover —le dijo el herrero ayudándole a empujar—. Luego entramos en casa, te pago y comemos algo.

Descargaron rápido, justo cuando comenzaba a llover y se sentaron a la mesa a la vez que Alonso, hijo del herrero, les colocaba una jarra de vino, pan y queso.

—¿Qué se oye por el castillo? Parece que hay jaleo —hizo la pregunta Galileo, preocupado.

—Parece que vienen tropas castellanas desde lejos. No se sabe si entrarán por el paso de Pancorbo o pasarán el Ebro por el puente de Frías, que está más al oeste. Creo haber oído que son unos quinientos hombres y que podrían estar aquí en una semana.

El herrero hablaba, miraba la mesa y no quitaba la mirada de ella.

—Tendremos que estar atentos y preparar las armas. Seguro que nos llaman para defender el castillo o nos mandan a Portilla, según por donde vengan. Si cae uno, el otro no tardará mucho más.

Alonso se sentó a la mesa con ellos y pegó un puñetazo en la mesa.

—¡Eso! Mandemos a esos malditos castellanos al infierno.

Los dos hombres se miraron. Hablaban con la mirada el uno con el otro. No veían con buenos ojos la

opción de ir a luchar y menos que fueran sus hijos. Eran conscientes de lo cruel, sangrienta y violenta que podría llegar a ser una batalla.

—Tú no sabes lo que es matar a un hombre, muchacho.

Le susurró su padre sin apenas mirarle. Bebió un trago de vino y se secó la barba con la manga de la camisa. La noche estaba totalmente oscura, en la estancia solo podían verse con la escasa luz que procedía de la lumbre de la chimenea.

—Matar a un hombre es algo muy duro. —Ahora miraba fijamente a los ojos de su hijo—. Le quitas de repente todo lo que posee, y todo lo que puede poseer. El momento en que clavas el arma en su cuerpo, aflora en ti lo peor del ser humano, la crueldad con la que se realiza ya sea navarro, castellano o moro o del reino que quieras, no tiene perdón de Dios.

Volvió a tomar otro trago de la jarra y continuó hablando.

—Si un rey quiere quitarle terreno a otro rey, que se peguen entre ellos, y dejen al pueblo tranquilo trabajar, que bastante hacemos.

Alonso bajó la mirada, dejó el queso que comenzaba a comer y no dijo ni una palabra. El miedo se reflejó en su cara.

—Me tengo que ir, Florián. Gracias por todo. —Se levantó Galileo que daba la jornada por terminada. Dejó al muchacho metido en sus pensamientos con la mirada fija en la mesa.

Galileo caminó hasta su casa por la ribera del río. Esa noche no estaba la luna en el cielo, por lo tanto, la visibilidad para caminar era casi nula. Apenas se podía ver más allá de ocho o diez pasos de distancia. A lo lejos, en el pequeño monasterio de Berganzo tocaban a maitines y pensó que se retrasaba más de lo habitual. Se acordaba lo que le decía su padre cuando era un niño: «De noche, todos los gatos son pardos. Y si no hay luna. Más».

Un fuerte ruido lo alteró y paró en seco. Se quedó quieto con el oído atento a lo que pudiera escuchar, pero nada. Pensó en el ruido al estar quieto, por lo que pudiera ser. Como si fuera el sonido que hacen los sacos llenos cuando se caen al suelo, creyó oír un gemido que parecía de una persona, pero cayó al instante.

—¿Hay alguien ahí?

Nada. Ni un ruido. Mejor seguir caminando, pensó. Y llegar pronto a casa.

Anduvo como una docena de pasos y el ruido fue más intenso. Otro golpe seco y algo que parecía que se marchaba. Matorrales moviéndose y ruido de piernas o patas en movimiento por la tierra que se alejaba rápido.

Agilizó el paso, llegó a su casa, a tientas entró y se tumbó en el jergón junto a su mujer.

Sus pensamientos continuaban en las tropas que venían por el oeste. Pensaba que ya no tenía edad, ganas ni fuerza para defender ningún castillo, aldea o tierras de nadie, por muy noble que fuera. Y menos aún si tendría que ir con un hijo de veinte años. No era capaz de asumir la posibilidad de ver morir a su propio hijo en

un combate. Solo de pensarlo le rompía el alma y odiaba más a los nobles. «Las guerras son peleas de personas jóvenes que no se conocen y se llevan bien, para que se hagan más ricos los nobles viejos que sí se conocen y se llevan mal entre ellos».

Eso le repetía su abuelo siempre que salía a conversación la guerra cuando era niño.

3

Jon abrió los ojos con la luz del amanecer que penetraba por los huecos de la ventana. La perra Lobi no le había despertado como todos los días para salir al campo con las ovejas. Se sentó de golpe en el jergón rascándose la cabeza al tiempo que la perra le miraba con sus ojos, uno de cada color, esperando que abriera la puerta y salir corriendo.

—¡Tranquilo! No te has dormido. —Asomó la cabeza su madre por el umbral de la puerta con un cesto de ropa para tenderlo en el patio trasero.

—Hoy es veinticinco de julio y decías que irías a Salinillas a la feria —le dijo su madre.

—¡Es verdad! —Se tranquilizó Jon, acariciando a Lobi entre las orejas.

—Bueno. Aun así, tengo que echar de comer al ganado y quisiera también darme un baño en el río.

—Eso. Lávate —le dijo su madre sonriente—. A ver si te buscas una mujer, que ya tienes edad.

La semana antes de la feria en Salinillas era muy ajetreada para los habitantes del pueblo. Toda la villa se

adornaba con banderas y estandartes de las familias nobles de la comarca, del castillo y de algún que otro comerciante poderoso, se limpiaban las calles y se habilitaban prados para poder dejar los carros. Se preparaban rediles para los caballos y bueyes con heno y paja.

Jimena, alegando como siempre dolor de cabeza para no realizar trabajos en la panadería, se quedó en la cama pensando qué haría esa tarde en la fiesta.

Al mediodía se levantó aburrida y decidió ir a dar un paseo cerca de casa por el campo, alegando a su padre, enfadado por su falta de responsabilidad en el negocio familiar, que así le daría el aire del norte, y se recuperaría mejor.

A las afueras del pueblo, mientras se acercaba hasta las murallas que estaban levantando, se encontró con Isaac, un vecino que vivía en la casa de enfrente de la panadería con el que solía coquetear de vez en cuando.

Sabía que a Isaac le gustaba ella y por eso siempre que se cruzaban, intentaba hablar con él y así darle esperanzas de que algún día pudiera llegar a ser su mujer. Aunque ella sabía de sobra que eso sería imposible, mientras hubiera hombres en el mundo con más dinero y reputación que un simple campesino.

—Con Dios, Isaac. ¿Dónde vas tan feliz a estas horas? ¿Hoy no trabaja un chico tan simpático como tú? —le preguntó Jimena mientras le sonreía al tiempo que se tiraba del cordel del vestido para tensarlo y que se le alzaran ligeramente sus pechos.

—Eh… Bueno… No marchaba a ningún lugar en particular. Hoy es la feria y no trabajamos. —Isaac la miraba el escote sin apenas parpadear.

—¡Bien! Perfecto —respondió Jimena mientras se giraba y comenzaba a caminar hacia las murallas—. Entonces me acompañarás hasta el río. Hoy va a ser un día caluroso y quiero refrescarme los pies.

El verdor de la vegetación de los bosques en el mes de julio impedía poder ver largas distancias. Las hojas, con su tamaño adecuado, ocultaban las vistas a prados y arroyos. Los dos jóvenes no tardaron mucho en llegar al río, distraídos en la conversación que mantenía Jimena y a la que Isaac no hacía más que asentir con monosílabos. Cuando daba su opinión, la muchacha no le escuchaba o le ignoraba. Sólo ella era la que debía hablar y a la que se debía escuchar.

Unos ladridos de perro hicieron detenerse a los jóvenes, quietos, escuchando de dónde provenían esos ladridos, hasta que vieron salir a Lobi de entre unas zarzas y correr hacia el río.

—Es la perra de Jon Cortázar. El pastor de Ocio —dijo Isaac mirando a Jimena, mientras esta estaba quieta y sin pestañear—. ¿Sabes de quién te hablo? —La dio un empujoncito sin apenas moverla.

—¡Sé quién es Jon Cortázar! ¡No soy tan estúpida como tú!

Siguieron caminando junto a la maleza y los árboles de la ribera hasta escuchar gritos, chapoteos y ladridos. Se agacharon para no ser vistos y a través de unas ra-

mas pudieron ver a Jon bañarse, jugando con su perra lanzándole palos de madera para que fuera a buscarlos. Estaba desnudo, el agua le cubría hasta la cintura. El brillo intenso del sol remarcaba su cuerpo musculoso y sus glúteos.

Les daba la espalda a Isaac y Jimena y podían ver la definición de su cuerpo por la iluminación del sol y la humedad del agua. A Jimena le pareció un dios saliendo del agua para defender el mundo.

—Date la vuelta. Vamos. Vuélvete. —dijo para sí misma, se mordía el labio inferior y le brillaba la mirada.

—¿Qué has dicho? —preguntó Isaac extrañado.

Jimena le hizo gestos con la mano para que se callara y se agachara.

—Creo que volveré a casa sola. ¡Vete! —le susurró. Y no esperó respuesta, solo obedecer su orden.

—Pero ¿qué dices? Si tienes un buen trecho. Puede ser peligroso. ¡Vámonos! —le insinuaba que volviera con él.

—He dicho que te largues. Pesado. ¡Ya! —Le empujó y cayó, quedando sentado en el suelo. Se levantó sin decir nada y con las manos en los bolsillos, se marchó dando patadas a todas las piedras que encontraba por el camino.

Jimena aprovechó para soltarse el cordel del corsé y asegurarse de que podía verse el canalillo de sus pechos. Al levantarse se volvió a agachar rápidamente para ver que, esta vez, Jon salía del agua llamando a la perra, que se encontraba junto a Jimena con un palo en la boca y moviendo la cola alegre para que jugase con ella.

Jon daba silbidos y llamaba a Lobi mirando en todas direcciones, hasta que se volvió hacia ella y pudo verlo totalmente desnudo. Observó asombrada el pene de Jon, su pubis cubierto de vello oscuro. Miraba sin pestañear, mientras se excitaba pensando lo que podría hacer con él. Jimena se conservaba virgen a los dieciocho años y de momento no tenía pensado perderla, prefería vivir la vida. El año pasado estuvo unos meses llevando el pan al castillo donde conoció a dos jóvenes soldados de su edad que estaban de paso y acabó coqueteando con ellos.

Aprovechaba las últimas horas de la tarde para estar con ellos, a los que consiguió ver masturbarse escondida detrás de un montón de paja en las cuadras. Una tarde la pillaron y la amenazaron con decírselo al señor del castillo si no les masturbaba ella. Le gustó tanto hacérselo a los soldados, que les preguntó si podían repetir otro día. Desde entonces, durante varios días, todas las tardes pasaba un rato en los establos con ellos, hasta que comenzaron a sobarle los pechos a lo que ella se lo permitía, pero cuando uno intentó penetrarla, Jimena se opuso a ello, enfadándose y marchándose, diciendo que allí mandaba ella, dejándoles con sus penes erectos y sin terminar.

A la siguiente semana volvió al castillo, los buscó y tonteó con ellos, acabando otra vez en el establo, pero se aburría haciendo siempre lo mismo, aunque la excitase enormemente. Pero esa tarde uno de los muchachos la masturbó a ella, llegando al orgasmo y descubriendo un

nuevo mundo de placer. Así estuvieron todo el verano. Aprendió a masturbarse ella también e incluso la enseñaron a hacer felaciones que era lo que más le gustaba porque se sentía poderosa. Lo hacía primero a uno y luego al otro o incluso en ciertos días que se lo hacía a los dos a la vez. Pero nunca llegaron a penetrarla. Quería mantenerse virgen hasta el momento de su boda, aparentar ser una mujer honrada a la vista de las demás gentes de la comarca.

Se excitaba sobremanera de ver a Jon desnudo, recordando las enseñanzas de los dos soldados el pasado verano y pensando lo que podría hacer con él esa tarde.

La perra la sacó de su trance sexual con un ladrido y salió corriendo hacia donde estaba su dueño. Jimena aprovechó para agacharse y aparecer detrás de unos arbustos caminando en dirección donde se encontraba Jon. Distraída, pensando que se encontrarían y el muchacho se avergonzaría, pero cuando llegó hasta donde se encontraba él, ya tenía los calzones puestos y estaba colocándose la camisa.

—Buenas tardes —saludó Jon y Jimena hacía que se asustaba.

—¡Huy! Me has asustado —respondió mientras miraba cómo se ataba el cordón del calzón. «No te lo ates. Si te lo voy a soltar yo en un momento», pensó Jimena mirando y mordiéndose otra vez el labio inferior.

—Parece que a todo el mundo le da por venir al río en este momento del día. Me ha parecido ver a Isaac caminando río abajo.

—Pues no sé. Seguramente. Como hoy es día de fiesta todos nos queremos asear —le informó Jimena y se quitó el chaleco que llevaba puesto dejando solo la camisa que ya llevaba varios botones desabrochados y podía contemplarse el inicio de sus pechos.

—Yo también voy a refrescarme un poco los pies y el cuello.

Se dirigió al río sin los zapatos, caminando despacio y subiéndose la falda hasta las rodillas.

—Bueno. Pues yo me marcho. No quiero importunarte. —Ya se marchaba Jon cuando oyó un grito que venía de dentro del río donde estaba Jimena. Volteó la cabeza y la vio caída en el agua de rodillas con las manos apoyadas en el lecho del río.

Echó a correr hacia ella y se metió en el agua con botas y ropa dispuesto a ayudarla.

Jimena consiguió salir del río con ayuda de Jon. Sin duda había conseguido llamar la atención del joven y que no se marchara de su lado. Lobi se tumbó a una distancia prudencial en la sombra, a esperar a su amo.

Fuera del agua se sentaron en la hierba seca y verde debajo de unos alisos en una pequeña vaguada, libres de miradas indiscretas.

Jimena creía tener la situación controlada, sentada sobre sus talones en la hierba, enfrente de Jon mirándose la camisa y escurriendo el agua de la prenda, produciendo que la tela mojada se adhiriera a su piel, resaltando sus pechos y los pezones erectos.

—Mira cómo estoy de empapada —le ordenó a Jon para que la mirara sin contemplaciones—. Ahora tendremos que esperar a que se seque la ropa.

Le miró a los ojos y le sonrió.

—O podemos quitárnosla.

Jon observaba los grandes pechos de la muchacha a través de la camisa, sin decir ni una palabra. Estaba como encantado con la visión. Ella esperó paciente, se sintió observada, como si fuera la musa de un dios que acaba de llegar de una batalla.

—¿Te gustaría verlos? —Calló esperando respuesta, controlando el silencio entre los dos. Estaba a punto de saltar sobre él, pero se controló—. ¿Y tocarlos?

Un botón más de la camisa se soltó y Jon apreció ver el canal formado por los pechos cubiertos solo por la camisa.

—¿Eh? Sí… Bueno. No. —Se levantó rápido y se colocó bien su ropa.

—Tengo que irme. Además, a ti te esperarán en tu casa.

—Pues tu amiguito estaría encantado de verme los pechos. Y apuesto que le gustaría jugar con ellos. —Señaló la erección que se le notaba al joven a través de su ropa mojada.

—Jimena. —Hizo una pausa silenciosa para organizar en su cabeza una respuesta para la muchacha—. Eres una chica con la que quisieran muchos hombres estar, casarse y formar una familia. —Esperó un instante—. Pero creo que estoy enamorado de otra mujer, y si ahora pasara un rato contigo, faltaría a mis principios.

—Pero ¿no me dejarás aquí?… ¿Así? —Amenazó ella señalándose los pechos con los dedos de la mano.

—Lo siento mucho —respondió él dándose la vuelta dispuesto a marcharse.

—No puedes —ordenó ella—. Te he visto desnudo hace un momento.

Jon se paró en seco, cerró los ojos y miró al suelo pensativo. Estaba pensando una respuesta, pero ella no dejaba de insistir.

—Podemos pasar un rato agradable los dos.

Jon no respondía. Tampoco movía un músculo de su cuerpo. Pensaba que lo que le estaba ocurriendo en ese momento no era real. Una mujer joven, bella, con ese cuerpo bonito y seguramente de piel fina y sedosa, no podía estar insinuándosele a tener relaciones sexuales. Tendría que ser un sueño. Pero al ver que no reaccionaba, ella seguía insistiendo.

—No tiene por qué enterarse nadie. —Esperó a que el chico reaccionara, que comenzaba a girarse hacia ella—. Luego cada uno a lo suyo. A su casa.

Una pequeña sonrisa anunciaba que tenía la batalla ganada. Se puso de pie para recibirle.

—No vamos a hacer nada tú y yo, Jimena. —Esperó un momento a ver su reacción—. Me voy a casa. Quiero estar esta tarde con una persona con la que me gustaría hablar.

Jimena cambió la sonrisa de victoria por cara de seriedad, ira y decepción. Jon pudo ver los pechos de la joven en su totalidad al ponerse en pie, se le abrió la camisa y no mostraba ningún pudor ante él.

—¡Y cúbrete! ¡Por Dios! —Comenzó a caminar dispuesto a marcharse y alejarse de aquella tentación.

—¡Lobi! Vámonos —llamó a la perra, que se colocó a su lado mientras se alejaban.

—Te arrepentirás de esto. Te lo juro —gritaba mientras agarraba su camisa y la cerraba con furia para volver a vestirse para marcharse.

—Espero que la mojigata de la que estás enamorado te haga infeliz y te dé hijos bastardos —gritaba desde la orilla del río sin lograr ver a Jon entre los árboles, que se alejaba camino de su casa.

—¡Maldito imbécil! —acabó maldiciendo, recorriendo el camino de regreso a su casa.

Jon no dejaba de pensar en lo que le acababa de ocurrir de camino a su casa. Podía haber pasado un buen rato con Jimena en el río y que seguramente no hubiera olvidado en mucho tiempo. Una muchacha tan bella como era, con su pelo largo negro y liso, que le gustaba acariciárselo cuando coqueteaba con un hombre, vestir bien porque su familia se lo podía permitir y esos ojos oscuros tan intensos, que a veces le daban miedo cuando hablaba con ella. Cualquier hombre no hubiera dudado un instante en aceptar aquella proposición, y ahora en parte se arrepentía. La escuchó cómo le amenazaba al alejarse del lugar y sinceramente, no se fiaba de las consecuencias que le pudiera acarrear haberla rechazado, dejándola en la orilla del río con los pechos fuera de la camisa. Un carácter engreído y caprichoso como el

de Jimena, no dejará de pensar en una venganza por la supuesta humillación al ser rechazada por un hombre.

Decidió no darle más vueltas en su cabeza al tema, aunque no se le olvidaría en mucho tiempo, ese día era la feria de Salinillas, sus planes eran ir, hablar con la chica a la que amaba en secreto e intentar decírselo.

Cuando Jimena llegó a su casa, entró sin saludar ni a la clientela ni a su padre, maldiciendo palabras ininteligibles. Pasó de largo directa a su cuarto con la intención de cambiarse de ropa. Se dijo que esa tarde se vestiría con su mejor vestido para estar radiante, dar envidia a Jon si la ve con otros hombres hablando e intentar poner celosa a la mojigata de la que estaba enamorado.

—¡Maldito imbécil! Se va a enterar de quién es Jimena.

Su hermana Isabel entró en su alcoba, aprovechando que estaba la puerta abierta.

—Padre dice que bajes a ayudar, que llevas toda la mañana fuera y hay mucho trabajo. Y está enfadado.

Faltaba poco tiempo para cerrar la panadería por esa jornada y poder disfrutar de la fiesta por la tarde. A los dulzaineros ya se les podía oír tocar por las calles, los chiquillos corrían detrás de los músicos, el ambiente invitaba a salir a divertirse, ver los combates con espadas de madera y los juglares contando historias para poder ganarse unos dineros.

4

Las campanas de la iglesia tocaron a nonas, el momento del almuerzo antes de empezar los espectáculos.

Con la panadería cerrada, Jimena y sus hermanas, Eva e Isabel, salieron para ver el ambiente y disfrutar de la tarde, conversar con la gente o comprar unos dulces.

Su padre, que era muy huraño y nunca las dejaba comer nada fuera de casa para no gastar dinero, alegaba siempre: «Hay que guardar para cuando vengan malos tiempos».

Salieron las tres, dejando a su padre en la soledad de su casa.

Isabel marchó con dos amigas para ver a los juglares contar historias. A Jimena no le faltaban momentos en los que se le acercaban los muchachos de su edad para hablar con ella y los correspondía con coqueteos. «¡Qué tontos son los hombres!», pensaba.

Eva se quedó sola durante un tiempo, paseando entre los tenderetes de los mercaderes que llegaron desde San Vicente de la Sonsierra, Frías, Salinas de Añana y algunos hasta de Logroño, tras varias jornadas de camino. No tardó en ver llegar a Jon por la calle. Venía solo. Parecía que

buscaba a alguien entre la gente, hasta que sus miradas coincidieron y la sonrió. Eva se ruborizó y bajó la mirada; era el momento que estaba esperando durante todo el día.

—Buenas tardes, Jon. ¿No has venido con tu familia? —le preguntó sin apenas mirarle a la cara.

—No. He venido solo con mi hermana, que se ha quedado viendo los juglares. Que, por cierto, también estaba tu hermana Isabel.

Jon se encontraba alegre hablando con Eva, pero sobre todo contento de que estuviera sola.

—¿Y tú? ¿Cómo estás tan sola? —preguntó abriendo los brazos para enseñarla la cantidad de gente que tenían alrededor. Se apartaron un poco del flujo de personas que pasaban junto a los puestos de dulces y artesanía, para evitar empujones. En días como ese, cualquier ladrón, con un pequeño tropezón, era capaz de robarle la bolsa de monedas a cualquier ingenuo que la llevase a la vista.

—Me paso la vida trabajando con mi padre y pocas amistades tengo para momentos como estos. Y como tampoco dispongo de mucho dinero, lo que hago es pasear. Mi padre lo guarda para la dote de Jimena. ¡Que no veas las ganas que tiene de que se case!

Jon sonrió pensando la suerte que tenía esa tarde.

—Pues no te preocupes, porque hoy te acompañaré toda la tarde. Si tú quieres. Claro.

Eva sonrió y le brillaron los ojos. Preveía una tarde en buena compañía. Para ella misma, estar con Jon, sin temor a las prisas impuestas siempre por su padre, era el mejor plan para ese día de fiesta de finales de julio.

—No te preocupes por mí, que seguro que puedes hacer cosas mejores que estar conmigo —le dijo mientras se alisaba la falda y se colocaba bien el pañuelo que llevaba en la cabeza.

Pasearon por la feria, degustaron dulces que compró Jon con el poco dinero que llevaba, se rieron con las historias de los juglares, disfrutaron de los combates con espadas de madera de los nobles. Hablaron de muchos temas relacionados con el campo, las ovejas, su perra, que no se separaba del lado de Eva.

—Le caes bien —le comentó Jon cuando se sentaron en un claro a las afueras del ajetreo de la gente.

Eva acariciaba las orejas de Lobi y la perra correspondió apoyando la cabeza en las piernas de la muchacha.

—Y ya que sacas el tema de caer bien a alguien. ¿Tienes alguna chica que te caiga especialmente bien? —Se lo soltó directa, sin pensar en las repercusiones que pudiera tener esa pregunta. Pero enseguida se disculpó.

—Perdón. No quería ser impertinente. Se me ha escapado la pregunta de mi cabeza. A veces me pasa, que digo cosas que pienso y no debería haber dicho.

—Tranquila, no te preocupes. —Se rascó Jon la cabeza y comió el último dulce que llevaba en el bolsillo. Y continuó explicándola.

—Sí. Hay una que no se me quita de la cabeza. La llevo conmigo a todas partes, es el primer pensamiento que tengo cuando me despierto y el último antes de dormirme. —Miró al cielo pidiendo ayuda de los dioses. Era el momento de sincerarse.

—¡Oh! Vaya. Me alegro por ella. Seguro que es una chica afortunada.

Mintió Eva, que ya estaba deseando que terminara ese tema de conversación. Pero no lo podía evitar y le gustaría saber más.

—¿Hablas con ella? ¿Se lo has dicho? —Observaba a Jon mirar al cielo y pensaba que estaba guapísimo en ese momento, alumbrado por el sol del final de la tarde.

—Hablo con ella de vez en cuando. Trabaja mucho y muy duro, pero apenas coincido con ella. —Jon la miró a los ojos y le mantuvo la mirada hasta que ella, avergonzada, la desvió hacia el suelo. Pensó que esa era la oportunidad que esperaba. Aunque le dijera directamente que estaba enamorado de ella, tenía la sensación de que ella no le correspondiera con el mismo amor. Lo entendería, seguro que seguirían siendo amigos y de esta manera, con el tiempo, conseguiría quitársela de la cabeza.

—¿Qué si se lo he dicho? Pues no he tenido la oportunidad hasta ahora. Estoy hablando con ella y me gustaría saber su opinión. —Ya estaba. Lo soltó y descansó.

—Pues deberías decírselo porque si no será perjudicial para ti y puedes acabar enfermo. Además… —Eva calló de repente y miró a Jon, que tenía una pequeña sonrisa en la cara y estaba mirándola, esperando respuesta.

—Pero… Si estás hablando con ella… ¡Quiere decir! —Volvió a callarse Eva. No daba crédito a la respuesta de él. ¿Podría ser verdad? Se cubrió la boca con las dos manos, sin saber qué decir.

—Sí. Eres tú —sentenció Jon.

—Oh, ¡Dios mío! Ha escuchado mis plegarias —afirmó ella todavía cubriéndose la boca con las manos. Estaba como en *shock*.

—Entonces, ¿sientes lo mismo por mí?

Eva apartó las manos de su cara y se sentó de rodillas sobre sus talones, mirando a Jon sin decir nada. Sus ojos estaban al borde de las lágrimas, pero él no acertaba a saber si eran de rabia o de alegría.

—¿Qué si siento lo mismo por ti? —Parecía que estuviera enfadada, sopló aire y pensó las palabras que diría a continuación.

—Esto es lo mejor que me ha pasado en mi asquerosa vida —le dijo y se lanzó sobre Jon a besarle en la boca con tanta pasión, que los dos cayeron tumbados en la hierba. Él la correspondió con el beso y permanecieron un rato, hasta que se dieron cuenta de dónde estaban.

Se miraron y se rieron levantándose del suelo agarrados de la mano. La gente que pasaba por allí los ignoró totalmente. Eva se ajustó el pañuelo de la cabeza y se alisó la falda.

—Mira los tortolitos cómo se lo pasan. —Dos soldados los miraban a poca distancia, jactándose del espectáculo. Eva agachó la cabeza y Jon los miró con cara de pocos amigos, mientras se acercaban hasta colocarse junto a la pareja.

—Quizá podríamos disfrutar un poco de la chica igual que has hecho tú. Si lo ha hecho un simple campesino, lo podrán hacer también dos soldados del rey.

—Vámonos de aquí, Jon —dijo Eva a Jon, agarrándole de la mano y tirando de él. El soldado que habló primero le bloqueó el paso.

—Un momento. —La agarró del brazo para evitar que se fueran. Jon dio un manotazo en el brazo del soldado, que hizo que soltara a la chica.

—Si la tocas, te mato. —Se quedó quieto frente al soldado, mirándole a los ojos, retándole.

—¡Vámonos! —Volvió a tirar de la mano Eva.

—Te recuerdo que somos soldados del rey. Y pelear con un soldado del rey es pelear contra el propio rey. Y está condenado con la muerte por decapitación. —Guardó un instante de silencio para ver la reacción de Jon.

Se apartó la capa que llevaba hacia un lado para desenvainar y enseñar sus armas. Una espada de tamaño mediano colgada del cinturón a la derecha y un cuchillo pequeño en el lado izquierdo, incitando a Jon y hacerle ver con lo que se enfrentaría.

—¡Vámonos, Jon! —Eva insistía y se colocó entre los dos hombres, momento en que el soldado aprovechó para darle un azote en el culo a Eva. Jon rápidamente, por encima de los hombros de ella, agarró del cuello al soldado y lo empujó; este tropezó y cayó de espaldas al suelo. Se incorporó rápido y desenvainó, con intención de matar a Jon.

—¡Alto!

Se oyó un grito a lo lejos. El compañero del soldado que no se metió entre los dos hombres y permanecía callado, agarró a su compañero y frenó el ataque. Todos se quedaron quietos.

—¿Qué pasa aquí?

Gonzalo Ruiz apareció entre la penumbra, montado en su poderoso caballo de guerra.

—Este campesino me ha agredido. Soy soldado de su majestad el rey navarro.

—Eres soldado —cortó Gonzalo Ruiz y continuó hablando—. Sé que estáis acampados en Portilla. Soy consciente de que os acercáis hasta aquí a divertíos y gastar vuestros dineros. —Hizo una pausa y continuó—. Pero no voy a tolerar que intentéis maltratar a las gentes que trabajan en mis tierras, porque es igual que si me maltratáis a mí y por derecho de nacimiento puedo aplastaros como a un gusano. —Desenvainó su espada y salió de la luz de los candiles que alumbraban el inicio de la noche, para que todos vieran quién era—. Entonces tenemos un problema.

El soldado envainó su espada, levantó las manos en señal de rendición y miró a Jon lanzándole una mirada de odio.

—Esto no quedará así, campesino —le dijo. Dio media vuelta y, dando una palmada a su amigo, desaparecieron en la oscuridad de la noche.

—Y vosotros dos. Iros a casa a hacer vasallos que me sirvan y dejaros de tonterías.

Gonzalo Ruiz dio media vuelta y se marchó con su caballo junto a otros soldados que también montaban a caballo, que no se les vio hasta ese momento.

Eva se ruborizó con el comentario de Gonzalo Ruiz, agarró otra vez la mano de Jon y tiró de él.

—Vámonos.

La campana de la iglesia tocaba a completas. La gente, harta de fiesta, se retiraba o se preparaba para dormir en cualquier lugar. El calor del verano animaba a pernoctar bajo las estrellas.

—¿Así que soy lo mejor que te ha pasado en la vida? —preguntó Jon cuando caminaban en silencio.

—Hasta ahora sí —respondió ella. Llevaba toda su vida trabajando en la panadería. Cuando era muy pequeña, la mandaba su padre a pequeños recados. No disponía de días de descanso, solo el día de la feria y el de Navidad. Todos los días eran iguales.

—Solo faltaría que me pidieras que me case contigo —siguió hablando ella.

—¿No se supone que soy yo quien tiene que pedírtelo? ¿Que te cases conmigo? —Jon reía al preguntarla.

—Sí quiero —aseguró ella. Estaba eufórica. Eso le podría cambiar la vida.

Jon se paró en plena calle, le agarró por la cintura y la estrechó contra sí mismo en un romántico abrazo. La miró a los ojos. Ella, al ver los ojos de él, bajó la mirada a su pecho. Jon agarró la barbilla de Eva y la hizo levantar la cabeza para volver a mirar los ojos más bonitos que nunca había visto.

—Entonces yo… Nos declaró marido y mujer.

Y la besó con todo el amor que sentía por ella.

Entraron por la puerta norte a medio construir del recinto amurallado de la villa doblando hacia la derecha, hasta llegar a la panadería donde se volvieron a besar,

escondidos en las sombras de la noche como dos delincuentes y se despidieron hasta el siguiente día.

—Mañana estaré con las ovejas donde me viste la semana pasada. Al ángelus. Te esperaré —dijo Jon mientras se separaba de ella y le cogía de las manos.

—Procuraré entretenerme lo menos posible en el castillo cuando lleve el pan que me prepare mi padre —contestó. Le dio un último beso y se marchó corriendo. Se escapó de la oscuridad y entró en su casa. Esa noche ninguno de los dos pegaría ojo.

Al llegar a su casa Jon y Leonor, la noche estaba bastante avanzada. Sus padres estaban sentados a la mesa. Habían terminado de cenar y una luz procedente de un candil colgado del techo iluminaba la mesa y la cara de preocupación.

—Llegáis tarde —les saludó su padre—. Hoy no es día para que tu hermana esté tan tarde fuera de casa.

—Estuvo todo el tiempo con la hija del panadero viendo los juglares —se defendió Jon ante la acusación—. Y yo estuve cerca todo el tiempo, hablando con su hermana.

Su madre se levantó de la silla y acompañó a la pequeña a la cama. No le dijo nada a Jon.

—¡Además! Tengo algo que deciros. —Los tres se pararon en seco mirándole interrogantes. Sus padres con caras de preocupación y su hermana sonriente, ya se imaginaba lo que diría.

—Madre. —Jon la miró de pie en el centro de la casa—. Tú me dijiste que buscara una mujer con la que poder casarme. Pues ya la he encontrado. Y he hablado

con ella. La he pedido que se case conmigo. —Esperó la reacción de sus padres que seguían esperando a que terminara de contarlo todo.

—Y ha dicho que sí. Es la hija mayor del panadero.

Su madre puso cara de disgusto y agachó la cabeza al ver que su padre no decía nada. Y habló sinceramente.

—Creo que esa mujer no te conviene —comentó—. Es muy egoísta y solo piensa en ella misma.

—No. No es Jimena. Si es lo que estás pensando. Es Eva. —Jon movía las manos pidiendo calma a sus padres. Su hermana corrió hasta él, lo abrazó fuertemente y le dio la enhorabuena.

—Muy bien, muchacho. —Por fin habló su padre—. Eva es buena chica y trabajadora. Seguro que seréis muy felices.

Su madre se acercó hasta él, le agarró la cara con las dos manos y, a la poca luz que proporcionaba el candil, le dejó caer un beso cariñoso en la mejilla.

—Ya me habías asustado —dijo—. Creía que te casabas con Jimena. Esa mujer no trae más que problemas.

Esa noche Eva apenas durmió un rato. Por fin abandonaría la casa de su padre. Trabajaría para su propia familia y no para la egoísta de su hermana Jimena, y la pobre de su hermana Isabel tendrá que realizar sus tareas bajo la tiranía de su padre, que solo tenía ojos para Jimena.

5

Se levantó de la cama antes de tiempo para poder realizar todos los trabajos e ir pronto al castillo a llevar el pan y poder estar donde quedó con Jon cuando las campanas tocaran al ángelus, como quedaron.

Esa mañana se puso ropa limpia y se peinó. Se propuso estar guapa para Jon. Era el momento perfecto para cambiar de vida a otra un poco mejor, con alguien a quien amaba y que también la amaba a ella.

Bajó al obrador sin desayunar. Su padre ya sacaba las primeras hogazas del horno y se le quedó mirando.

—Buenos días, padre —saludó Eva.

—No podía dormir y he bajado a ayudarle para ir pronto al castillo y poder volver antes. —Su padre no dijo nada, la ignoró y continuó trabajando como si no estuviera.

—Voy a preparar la mula mientras termina.

Se marchó hasta el establo, cogió los aperos y se los colocó a Mula, que así es cómo llamaban al animal. Su padre nunca tuvo interés por los animales y mucho menos por ponerles un nombre propio. Por eso siempre

hablaban de ella de esa forma, así que finalmente ese fue el nombre que recibió el animal.

—Te voy a echar de menos, Mula —la susurró mientras le colocaba la cabezada.

—¿Por qué dices eso?… ¿Y dónde piensas ir para echarla de menos?

Eva se asustó al escuchar la voz de su hermana Jimena desde la penumbra de la cuadra hablándola.

—¡Qué susto! Creí que estaba sola. —Miraba a Jimena desde el otro lado del animal por encima del lomo—. Estaba pensando.

Esperó un instante para ver qué mentira le contaba y que su hermana se marchara tranquila.

—Que Mula ya está muy viejita. Cualquier día nos deja y la echaré de menos.

Jimena torció la boca mientras se cruzaba de brazos.

—No te creo y no sé qué tramas. Pero ya me enteraré. Ahora me voy a dormir, que tengo sueño.

Jimena se marchó sin despedirse y Eva dio un suspiro de alivio al saber que de momento no estaba interesada en sus planes.

Sacó a Mula a la calle y regresó al obrador a por la carga de pan para llevarla al castillo. Normalmente de esa tarea se encargaba su hermana Isabel, pero esa mañana se ofreció voluntaria al levantarse pronto. Mientras, Isabel se quedaría en el obrador ayudando a su padre.

Abandonó Salinillas cuando el sol empezaba a despuntar. Se llevó de la alacena un trozo de tocino y pan del día anterior, pues esperaba volver tarde. Por eso lle-

vaba paso ligero y que le diera tiempo de sobra. No deseaba hacer esperar a Jon. Prefería esperar ella. Era capaz de hacer cualquier cosa, siempre que su hombre estuviera contento y no pensaba defraudarle. No estaba contenta con la vida que llevaba, trabajaba todos los días de sol a sol solo por la comida, un jergón donde echarse a dormir, algo de ropa una vez al año y un techo donde poder cobijarse. Su familia no la trataba bien, solo era simpática su hermana Isabel, la única que la comprendía porque estaba en la misma situación que ella.